

Recuerdos, un libro mágico y la virtualidad

Por José M. Ciampagna y la colaboración de ChatGPT

En una cafetería del barrio de Flores, don Ernesto, un hombre mayor de más de setenta años, está sentado frente a Clara —una joven de veinteañera— en una mesa de dos. El “Cincuentenario” era el lugar donde Ernesto y su hermano por años se reunían. Un antiguo café remodelado de buen ambiente y servicio, frecuentado por artistas y escritores.

El ex profesor, jubilado hace unos años, frecuenta el lugar y aprovecha para leer el diario y hojear alguno de sus libros de filosofía, un tema lejano a su profesión de contador, pero que lo apasiona. Como contable siempre fue alguien favorable a la tecnología, pero siente que en los últimos tiempos esta le ha superado. Actualmente, se limita a usar Facebook y le intimidan las aplicaciones de inteligencia artificial. Además, en estos días observa en las redes una creciente utilización por políticos populistas de discursos violentos para la captura de voluntades desilusionadas de los resultados de la democracia. Los buenos discursos democráticos manejados por políticos con bolsillos llenos e inescrupulosos, que solo quedan en lindas palabras, cansan a la gente que ponen en otro lado sus esperanzas.

Su sobrina suele visitarlo y confirma la costumbre de reunirse los jueves. Era una rutina que habían establecido desde el fallecimiento del padre de la joven, hermano de Ernesto. Clara, rebelde, en una especie de homenaje y como recuperación de tiempos perdidos, ahora charlaba con Ernesto, quizá por las pocas palabras que intercambiaban con su padre, sobre todo cuando discutían de política.



Clara era una fan de la tecnología, usa con suficiencia sus posibilidades, tiene acceso a lo mejor: el último teléfono inteligente, la *tablet* y la *notebook* que completaba su eco-sistema tecnológico. Utilizaba ChatGPT para sus trabajos y estudios, si bien no comprende lo que había detrás de sus algoritmos.

Una mañana del frío y húmedo julio porteño, Ernesto tiene entre sus manos un café humeante, mientras que Clara revisa sus redes sociales en su teléfono móvil, y entre ellos surge el siguiente diálogo:

— Me parece fascinante cómo todo ha cambiado, querida Clara. Antes era más simple, ¿sabes? Las noticias llegaban por el diario, la radio, y la televisión en blanco y negro. Todos veíamos lo mismo, compartíamos una realidad. Hoy en día, hay tantas verdades como pantallas encendidas— dice don Ernesto suspirando, y mirando a la joven.

— Puede ser, pero no creo que sea tan malo. Ahora cada uno puede decidir qué información quiere consumir. Antes, no había libertad. Eran solo lo que decían los medios, ¿no? Las personas eran como una especie de burro con anteojeras que tenían una sola mirada, — dice Clara con una sonrisa mientras apartaba su móvil y agregaba —Siempre lo discutíamos con papá—.

— Es verdad, teníamos menos opciones. Pero esa simplicidad nos daba algo que hemos perdido: un sentido común de lo real. Hoy, con tanta información volando, ¿cómo sabes lo que es cierto y lo que no? —responde Ernesto con cierta lentitud recordando a su hermano en su mente.

— Ufff ... — exclama pensativa Clara —. Supongo que no siempre lo sabes. Pero tenemos herramientas que nos permiten comprobar las cosas. Si no me fío de una noticia, busco otra o pregunto a las redes. Hay tanta información que siempre encuentro diferentes puntos de vista.

— Eso es lo que me preocupa. A veces, tener tanta información nos deja más confundidos. Lo veo en la política, en los debates que tengo con mis amigos... Antes había desacuerdos, discusiones, claro, pero había más confianza en los hechos. Ahora es verdad lo que “sentimos”. Hay resentimiento, ira, inconformismo, incertidumbre en los mensajes. Mira las redes: una noticia falsa corre más rápido que una verdadera. He leído en un estudio del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) que una información falsa tiene, en promedio, un 70 % más de probabilidades de ser compartida en Internet. Nos estamos dejando llevar por las emociones, Clara.— acota el tío frunciendo el ceño.

— Las emociones no son malas. Nos conectan. Yo sigo a mucha gente en redes porque me hacen sentir reconocida, identificada. No todo tiene que ser racional, equilibrado, medido, ¿no?

— Pero si basamos nuestras decisiones en cómo nos sentimos, si nos conviene o no, y no en lo real, nos arriesgamos a perder el futuro. Las emociones cambian, la verdad debería ser estable y perdurable en el tiempo. Me pregunto si, con este camino, no terminaremos en una especie de caos. Un mundo donde cada uno vive en su burbuja y las élites manipulan esas burbujas a su favor. ¿Qué pasará cuando ya no podamos distinguir la verdad de la ficción?— responde don Ernesto mientras se recuesta en la silla, mirando a Clara con seriedad.

— Entiendo. Sí, es difícil saber qué es verdad y qué no. Pero creo que nuestra generación es más crítica de lo que parece. No somos ingenuos ni tontos como algunos de Uds. suponen. Crecimos viendo cómo todo evoluciona y cambia. Sabemos que las redes manipulan, detrás está el poder, pero también las usamos para descubrir lo que nos importa. Además, tenemos algo que quizá ustedes no tuvieron: la capacidad de cuestionarlo todo, marcar nuestras diferencias— responde pensativa Clara.

Se produce un silencio en la conversación, un lapso de tiempo notable, una especie de pausa para aflojar las tensiones, un momento propicio para acercar posiciones distantes propias de las diferencias de edad y contextos de vida. Las palabras de Clara y Ernesto no eran para nada ofensivas, pero a veces se confunde el mensaje con el mensajero y no era la intención de ninguno de ellos ofender. Clara vuelve a la pantalla y Ernesto abrió su libro, volviendo al respaldar de la silla para sentir su apoyo.

La joven, inclinándose hacia el anciano, habla con voz suave pero decidida y le pregunta:

—¿Y cómo saber la verdad? Todos comparten lo primero que ven, como si no les importara verificar. ¿Cómo lidiar con eso?

El anciano, acariciando el lomo del viejo libro de filosofía, frunce el ceño.

—Es cierto... Es como si el pensamiento crítico se hubiera evaporado en el aire. Yo solía enseñar a mis alumnos a cuestionar, pero ahora parece que lo que importa es la rapidez, no la verdad. Resulta difícil sacar la paja del trigo. Rescatar lo bueno y descartar lo inconveniente. No hay tiempo para hacerlo. O estás de un lado o del otro, los grises no existen.

Y, se oye una voz lejana con claridad y firmeza que parece surgir del libro, una especie



de eco, una voz suave; cargada de ironía, pero que no proviene ni de la joven ni del anciano.

“La verdad no es más que una hoja suelta en el río del tiempo, llevada por corrientes que nadie controla. Lo importante es quien le da valor, no dónde fue arrancada.”

La joven parpadea, desconcertada, y mira alrededor, como si alguien más estuviera hablando. El anciano parece no haber notado nada. Ella sigue, aunque su tono ha perdido algo de seguridad y pregunta:

—Pero... ¿Cómo puedes estar seguro de algo? Todo se mezcla tan rápido...

El anciano, sin dejar de tocar el libro, murmura:

—Tienes que aprender a filtrar. Como cuando lees filosofía; no todo lo escrito es valioso, pero algunas ideas resisten el paso del tiempo.

La voz del libro interrumpe de nuevo, firme pero burlona:

“Filtrar es para los pacientes, y la paciencia es un lujo en esta era de redes. La ignorancia siempre corre más rápido que la sabiduría, y la verdad camina, solitaria, detrás de ambas.”

La joven sacude la cabeza, esta vez segura de haber escuchado algo. Mira el libro y luego al anciano.

—¿Escuchaste eso?

El anciano levanta la vista lentamente.

—¿Qué cosa?

Ella señala el libro.

—Ese libro... parece que me está hablando.

El anciano sonríe.

—Ah, debe ser el viejo Spinoza... tiene esa tendencia de hacerse notar. Tal vez sea su manera de recordarnos que la filosofía, como la verdad, nunca envejecen.

La voz del libro suelta un suspiro largo y grave, antes de añadir, casi con resignación:

“Oh, pero qué simplezas decís... En la maraña de conexiones digitales, lo que está envejeciendo no soy yo, es la mente de quienes se atreven a pensar.”

La joven, un tanto perpleja, suelta una carcajada nerviosa y agrega:

—Me gusta este tipo. No sé quién habla, pero me gusta. ¡Me recuerda a papá...!

El anciano vuelve a su expresión pensativa, pero en su mirada se adivina una chispa de picardía. La conversación ha tomado un giro inesperado; un diálogo de dos, se había convertido en otro de tres.

Clara tiene ahora una cara de sorpresa, le resulta difícil explicar lo que le pasa, se asusta y llama al mozo, le pide agua, queriendo retomar la normalidad.

A punto seguido, el ex profesor toma la conversación, sonrío, aunque algo melancólico y retomando el tema anterior de la charla dice:

— Es cierto. Tal vez esa sea la clave. Ustedes han nacido en un mundo donde cuestionar es parte del día a día. En mi juventud, éramos dóciles, conformistas, existía el criterio de autoridad. Aceptábamos lo que nos decían los mayores, porque no había alternativas. Ahora veo jóvenes como tú, con esa inteligencia superlativa... Pero no son todos, veo también a otros muchachos atrapados en un mar de desinformación, manipulados por narrativas que solo buscan llevar agua a su molino.

— Pero, ¿qué harías tú? Si tuvieras mi edad, si pudieras vivir en este mundo de hoy, con toda la tecnología disponible, ¿qué harías para no perderte?—responde Clara mientras se inclina hacia él.

— Buscaría lo real, querida sobrina. No me dejaría llevar solamente, por lo que me hace sentir bien. Trataría de encontrar un equilibrio entre lo que me emociona y lo que puedo comprobar. Usaría la tecnología, claro, pero no dejaría que la tecnología me usara a mí. Y, sobre todo, cultivaría la paciencia para escuchar a los demás, para salir de mi burbuja y ver más allá de lo que confirman mis ideas. No debemos dejar de conversar cara a cara, ver las expresiones del cuerpo, leer el lenguaje corporal del otro— le responde don Ernesto, haciendo una pausa y quedando pensativo.

Clara, ahora, lo mira con admiración y le pregunta:

— ¿Y crees que mi generación puede hacer eso? Con tanto estímulo, con todo cambiando tan rápido, con la falta de tiempo que hay... No hay tiempo para discernir, o estás de un lado o del otro.

— Yo creo que sí, Clara. Pero te contaré algo que me pasó hace muchos años, algo que siempre me ha recordado la importancia de mantener los pies en la tierra, sin dejarse llevar solo por lo deslumbrante. —Acota Ernesto con una sonrisa en sus labios ajados por el tiempo mientras acomoda su silla y la joven se inclina hacia él con curiosidad.

— Era 1976, durante una de las épocas más turbulentas del país. Yo trabajaba, como periodista en un matutino, además de contador, aún era joven, pero ya con algunas canas. Un día, me llegó un rumor, algo jugoso, rimbombante, explosivo. Un amigo de confianza, de esos que estaban bien conectados, me dijo que había pruebas de una conspiración política. Confié en él, en su fuente. No lo verifiqué, porque todo parecía coincidir con lo que queríamos oír y publiqué la historia en el diario al día siguiente.

Ernesto había logrado captar la atención plena de su sobrina e hizo una pausa profundizando el tempo de su exposición, además, su expresión se ensombreció y continuó diciendo:

— Fue un desastre. Resultó ser mentira, fabricada con mala intención, y por esa imprudencia casi pierdo todo. Lo peor fue que esa mentira le costó la libertad a un hombre inocente. Le hizo perder la confianza de su familia. Era un médico prestigioso, un buen hombre al cual le arruiné la vida. Nunca olvidaré su rostro, ni su nombre. Desde entonces, entendí que la verdad no siempre es lo que queremos oír, ni lo que nos deslumbra más. La verdad requiere paciencia y responsabilidad.

Clara lo observa en silencio, impresionada y siguió atenta a las palabras de su tío:

— Ahora, veo correr el mundo más rápido que nunca. Y me pregunto: ¿quién estará dispuesto a detenerse, a verificar, a cuestionar, antes de que sea demasiado tarde? No quiero que te pase lo mismo, Clara. No te dejes llevar por el ruido. A veces, lo más sensato es lo más difícil de aceptar.

Clara, conmovida ante las palabras sinceras de Ernesto, asiente y dice:

— Prometo que lo recordaré. Gracias por compartirlo. Haré lo que pueda.

Ernesto volvió a tocar el libro de filosofía y su voz mágica comenzó a hablar de nuevo, con claridad:

“En el laberinto de espejos que es la red, lo real y lo falso se confunden, y el reflejo más nítido rara vez es el verdadero.”

“El conocimiento está encerrado en libros olvidados, mientras la ignorancia corre libre por las pantallas.”

“En la antigüedad, las palabras construían civilizaciones; hoy, las palabras desmoronan los cimientos de la verdad.”

En ese momento, fue cuando Ernesto dejó de tocar el libro, y Clara se levantó sobresaltada. En su rostro corrían lágrimas, y huyó despavorida. Solo llegó a decir, a manera de despedida: “Nos vemos el jueves próximo y, por favor, trae otro libro que no me haga llorar”.

Ernesto quedó solo, sus pensamientos volaron y recordó a su hermano.

...

